

REAL SOCIEDAD BASCONGADA DE LOS AMIGOS DEL PAIS
COMISION DE ALAVA



Lenguaje poético y arte

Jose Luis de las Heras

EUSKALERRIAREN ADISKIDEEN ELKARTEA

ARABAKO BATZORDEA

19

Don José Luis de Las Heras Sánchez presentó su Trabajo de Ingreso como Socio de Número de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País el 22 de mayo de 1987, en un acto que tuvo lugar en la Sala Gótica de la «Casa del Cordón» de Vitoria-Gasteiz.

Le recibió el Socio de Número Don Juan José Urraca.

El trabajo versó sobre «Lenguaje Poético y Arte».

ENSAJO DE POÉTICO Y ARTE

Lenguaje poético y arte

El Arte Universal y particular

Desde el momento en que se comienza a hablar de arte y de lenguaje poético, se abre un campo de investigación que se extiende a lo largo de la historia y de la cultura. El arte universal y particular se manifiesta en todas las épocas y en todos los lugares, pero también se diferencia en función de las características culturales y sociales de cada momento histórico. El lenguaje poético, por su parte, es una forma de expresión que busca capturar la esencia de la experiencia humana a través de la metáfora, la alegoría y otros recursos literarios. Este ensayo explorará la relación entre el lenguaje poético y el arte, y cómo se manifiestan en diferentes contextos culturales y sociales.

LENGUAJE POETICO Y ARTE

Amigos:

Sin otro título que el de sincero amante de la literatura con algunos ribetes de poeta y metido hoy a orador en este foro del saber, no sé si voy a adentrarme en honduras de las que no pueda salir airoso.

Por eso lo más prudente será vestirme de respeto y moderación para reflexionar con sencillez, en un tema que personalmente me atrae y que, desde luego, me desborda.

Como por otra parte, aunque suene a petulancia, nada debo a nadie sino a Dios —a quien lo debo todo— y el tema es de los que de suyo no comprometen los altos valores de la religión, la ética o la política, puedo permitirme el lujo de la libertad para tratarlo con independencia de criterio: **El lenguaje poético y el arte como formas de expresión.**

Que es mucho para mí? ya lo sé! Por eso entono desde ahora mi «confiteor». Por mi grandísima culpa, por la osadía y el desafuero de intentar lo desmesurado.

Los clásicos latinos que tenían solemnes y bien sonantes proverbios para, incluso, sobrenador después del naufragio, nos dejaron uno que quiero citar desde el principio: «in magnis voluisse, satis est», bastante hazaña es intentar lo grande.

El Arte: Universidad y perennidad

Después de algunas formas heroicas de entrega y servicio a la humanidad que los hombres llaman filantropía, altruismo o en términos cristianos caridad, nada hay que justifique ni ennoblezca tanto una vida humana como el arte.

Pudieron pasar y pasaron grandes personajes que marcaron con su acción nuevos rumbos a la historia; conquistadores, hombres de estado, filósofos, banqueros, dictadores, economistas... Pero, —ya que no se hace justicia a los anónimos trabajadores de todas las épocas que encorvaron sus espaldas para que otros se auparan— estoy por afirmar que de cuantos dejaron una impronta más amable, un recuerdo y una obra más universalmente recibida y admirada, son los artistas los que se llevan la palma.

Está comprobado que cuando la marea secularizadora va arrumbando y dejando en las solitarias playas del olvido a los santos, son precisamente los hombres que hicieron arte; los literatos, los músicos, los pintores, los escultores... los personajes más honrados, más queridos, más disputados y más conmemorados por todos. ¿Por qué? porque el arte en cualquiera de sus formas transmite siempre a los hombres un mensaje inocente, noble y hermoso y los hombres, —aunque les cueste a veces confesarlo y lo disimulen—, no pueden permanecer insensibles al reclamo de la belleza.

Pero es que además el arte es de suyo lo más duradero de las obras humanas. En realidad muchas obras de arte son perennes, eternas porque el arte se opone a la acción en lo que la acción tiene de contingente y fugaz.

La música, o el arte del sonido, al menos desde el descubrimiento de la grafía que lo representa; la literatura, y en gran medida también la arquitectura, la pintura o la escultura, se inscriben en el mundo de la perennidad frente al mundo de la contingencia. Y hoy nos produce inmensa satisfacción, saber que merced a los progresos de la técnica ya no se perderán para la posteridad incluso aquellas manifestaciones artísticas que eran perecederas por su propia naturaleza. La voz de los cantantes famosos, la danza de los mejores bailarines, la fuerza dramática de los grandes intérpretes, serán conservadas para siempre enriqueciendo el patrimonio artístico de la humanidad. Hoy, más que nunca, el arte es lo que permanece, lo que en definitiva trasciende el tiempo, el espacio y sus limitaciones.

La técnica actual ha hecho posible el traspaso a las generaciones futuras del mensaje artístico de los hombres de hoy con mayor perfección y con mayor amplitud que las que tuvieron los artistas de épocas pasadas para comunicarnos el suyo».

La vida es comunicación

La vida exige comunicación y es comunicación. Hasta tal punto que entre ellas existe una directa correlación: más vida, más comunicación; menos vida, menos comunicación.

Los seres inanimados no se comunican. Solo, «están ahí», pero ni lo saben. De suyo y por sí, solo pueden hacer referencia —es un decir— al ser vivo y, mejor todavía, al ser, inteligente que los sacó a la luz, los poseyó, los transformó o simplemente los contempla.

Esta rosa quizá no existiría
si nunca ningún ojo la advirtiera,
ni el rumor de las olas si no hubiera
oído para oírlo sonaría.

El saber es al fin sabiduría
donde existen la piedra y la madera
y solo en ella «lo que no es» espera
salir de su «no ser» al mediodía.

Este «ser» o «no ser» es duro reto
que me tiene en tal duda sumergido
que no sé si ya soy cuando estoy quieto.

Y no sé si soy yo si estoy dormido...
Solo digo a mi amigo mi secreto:
«vivir solo es saber que se ha vivido».

(«Vivir solo es saber que se ha vivido» M. Unamuno)

¿Se dijo por esto que el hombre da sentido a la creación? Ciertamente el hombre es quien la interpreta y la lee, pero el hombre propiamente no habla con ella, no puede comunicarse con ella al menos en profundidad porque la comunicación en profundidad solamente se da entre seres vivos e inteligentes y de la misma especie.

De manera bien elocuente y hastra dramática nos expresa esta verdad el relato del Génesis (C. 2, 18 ss): Cuando Dios hizo desfilar ante Adán «todos los animales que hay en el campo y cuantas aves hay en el cielo para que, «en signo

de dominio» les impusiese el nombre» Adan **estaba solo** en medio de aquella abigarrada muchedumbre. Solo, porque no podía establecer una verdadera comunicación a niveles profundos ni con las plantas ni con los animales.

La incomunicación total reduce al ser viviente a la condición de mineral. El que está totalmente solo nunca es un viviente aunque lo parezca. El solo, es siempre un cadáver.

«qué solos se quedan los muertos» (G.A. Becquer)

Quizá por eso el Dios de los cristianos en su indestructible unicidad no es el Solo, el Solitario, lo cual haría imposible la comunicación, sino es tres personas que entre sí establecen la intercomunicación al más alto nivel que, en la especulación de la teología medieval, es comunicación de idea y volición, es decir comunicación por el conocimiento y el amor.

Pero no voy a perderme en elucubraciones teológicas, que no tratamos aquí de Dios sino de los hombres.

Y de hombres hablamos, de hombres creados para vivir en compañía y comunicarse porque:

«No es bueno que el hombre esté solo...» (Gen. 2,18)

Cabría aquí cuestionarse el valor de la soledad.

Los anacoretas de la Tebaida, los solitarios más cercanos a nosotros que pusieron su celda en los nidos de las águilas o en las grutas de las peñas y los monjes actuales que intentan construir un retiro de silencio y soledad en ciertos monasterios, también se mineralizan? También se despersonalizan?

Es claro que nunca en estas formas de vida religiosa se suprime del todo la intercomunicación humana. Todas las órdenes monásticas aun las cenobíticas o solitarias, tienen una moderada comunicación entre sus miembros.

Pero así y todo, pienso que solo la gran riqueza interior de una fe capaz de ponerles en contacto con el Dios que escucha en el silencio y habla en la soledad y la comunicación a través de la lectura de sus escritos con los hombres más egregios del pensamiento y de la fe, puede librarles del aniquilamiento.

Solo una profunda vivencia de la oración, eleva la vida de los que se retiraron de la comunicación con los hombres a una comunicación más viva con el Dios de la fe.

Pero dejando a un lado estos casos admirables de comunicación incluso extraordinaria y mística con las realidades suprasensibles, la comunicación ordinaria y vital se establece entre personas, seres inteligentes y libres, con ideologías y sentimientos análogos y que manejan un mismo instrumento de comunicación: **el lenguaje.**

El lenguaje

El primer lenguaje que utilizó el troglodita fue el del gesto, el del grito inarticulado, el de los sonidos onomatopéyicos. ¿Aprendió el hombre de los pájaros su lenguaje primigenio?

De cualquier modo cuando la experiencia sensible y el conocimiento acrecentaron el bagaje de conceptos, «logos» o ideas de los hombres, los hombres tuvieron que inventarse un instrumento más perfecto que el gestual o el del grito para expresar sus ideas y comunicarlas.

¿Nació así, sin más, el lenguaje convencional oral? Quizá nunca se pueda esclarecer cómo llegó el hombre al milagro del signo sonoro, de la palabra articulada. Pero hay que reconocer que el lenguaje fue el gran invento. Más importante que el del fuego, la agricultura o la rueda. El, en estricta propiedad, hizo posible el avance de la humanidad por los caminos del progreso. Desde entonces toda palabra es siempre creadora. Lo es la de Dios en sentido real y eficiente:

«Dijo Dios, hágase la luz y la tierra y las aguas» y se hicieron». (Gen. c.1)

La Palabra, aquella Palabra que «era en el principio» (Jo. 1,1) creó, es decir, puso en lo fenoménico lo que solo era en la idea, en lo numérico de Dios.

Pero también es creadora la palabra humana, toda palabra humana. Y no porque haga presente en el mundo de lo fenoménico la realidad tangible de lo que expresa, —esto sería revivir aquel clásico cuento infantil de «mesita componte»— sino, al revés de lo que ocurre con la palabra de Dios, porque la palabra humana pone en lo numérico, en la mente de quien la escucha, la realidad externa y aun ausente del objeto expresado.

Toda palabra es creadora y «evocadora» en el más profundo sentido semántico de la expresión porque, como dijo Valle-Inclán: «Toda palabra encierra un poder cabalístico, y es grimorio y pentáculo» (Valle-Inclán «La lámpara maravillosa» Madrid 1960), lo cual quiere decir que toda palabra tiene el poder de aquellos libros de hechicería que se usaban antiguamente para «e-vocar» a los muertos. Toda palabra «e-voca», es decir llama y saca del sueño, las realidades dormidas y como muertas para transferirlas vivas a la mente del interlocutor o del oyente.

Incluso las palabras menos significantes y aun las inarticuladas como, el grito, el lamento, la exclamación, son siempre creadoras y evocadoras de sentimientos, imágenes y hasta ideas que quizá no pueden ser ni adecuadamente ni mejor expresadas con palabras y frases.

Precisamente cuando se trata de expresar los sentimientos más intensos se suele regresar al origen del lenguaje, esto es, al grito, a la exclamación, al «irrintzi» o simplemente al gesto o a la absurda palabra ininteligible. Y es que los estados límite de paroxismo y exaltación, increíblemente, se expresan mejor por el grito que por el discurso.

Si no temiera prolongar innecesariamente mis palabras ilustraría esta reflexión aduciendo ejemplos de la Biblia.

«Los profetas de Baal daban voces y más voces, sajándose con cuchillos y lancetas» (I Reyes 18,28) en un estado de paroxismo y alienación.

Ana la madre de Samuel en Silo «oraba para sí moviendo los labios pero sin que se oyera su voz» (I Sam. 1,13) hasta el punto de que Helí la tomó por ebria porque no tenía sentido lo que decía.

En la I Carta a los Corintios San Pablo se refiere ampliamente a un fenómeno corriente en aquella iglesia: la «Glosolalia» el don de lenguas que consistía en que en las reuniones litúrgicas había hermanos que hablaban en lenguas desconocidas, exóticas... y de ellos dice S. Pablo que no se proscriba en absoluto su actuación, pero les ruega que «si algunos han de hablar en lenguas, sean solo dos o a lo más tres, por turno y con quien interprete para que así no se edifiquen a sí mismos sino a la iglesia»

(I Cor. 15,26 etc...)

Algo de esta intuición debieron tener los grandes poetas como S. Juan de la Cruz cuando al llegar a un estado casi de éxtasis literario, parece como si quisieran sutilizar la palabra, reduciendo al mínimo la expresión articulada.

«Y déxame muriendo un-no-se-qué-que-queda balbuciendo»

(Cántico espiritual)

Palabra

*Como frío cuchillo de obsidiana
que la carne, la sangre y el aliento
discrimina a la vez, divino invento
que puso en marcha la aventura humana.*

*Duro diente clavado en la manzana
del bien y el mal. Vestido pensamiento
que vuela tan ligero como un viento
sutil y triunfador en la mañana.*

*Imagen musical, materia y arte,
pirueta, vibración, malabarismo,
diferencia, camino y estandarte.*

*Por ella se comprende en un guarismo
lo que es y lo que no es y se comparte
lo que queda más dentro de uno mismo.*

Y por citar otra vez al gran experto del lenguaje D. Ramón del Valle-Inclán, cuando llega el momento supremo en «Divinas Palabras» y vuelan las piedras y llamean los brazos airados, el sacristán, Pedro Gailo, «reza en latín la blanca sentencia». Y, milagro del latín! las palabras latinas en su temblor enigmático vuelan del cielo de los milagros, aplacan la ira, y la mujer adúltera escapa de la befa y de la muerte. La palabra más convincente no es necesariamente la palabra más significativa y más inteligible.

La palabra poética

De entre todas, la palabra poética es la más escandalosamente creadora porque lleva su audacia a crear realidades imposibles.

No había fuentes de cristal, ni el arroyo se reía, ni las flores eran esmeraldas, ni perlas los dientes; no había morenos de verde luna, ni hombres disfrazados de noviembre; no existían vegetales campanadas, ni niebla que echa raíces; no había negra nube erizo de relámpagos, hasta que los hizo posibles, creándolos para siempre la poesía. No había «silencios de goma oscura», ni nunca fue la luna menguante «ajo de agónica plata» ni jamás las estrellas habían clavado «rejones al agua gris» hasta que un poeta lo hizo posible. Ya Unamuno nos advierte que «Poeta en griego vale tanto como creador y lo es» pues se deriva del verbo POIEO que significa crear, producir.

Esto nos permite decir desde la poesía, que lo imposible no es contrario a lo real. O dicho en términos más templados y menos comprometedores, que la ficción no se opone a la historia porque, como dijo Antonio Machado: «La verdad también se inventa».

Y es bien sabido que la Historia en sus comienzos fue un género poético como lo acredita, sin más, la epopeya bíblica de la creación o de la historia de Israel (en el Génesis y el Exodo principalmente).

El mismo Herodoto, padre de la Historia, nos refiere mitos. Bellos mitos que visten de temblorosa palpitación estética lo que realmente pasó, lo que sin ropaje poético sería solo fría historia descarnada.

El afán mostrenco de reproducir escuetamente la realidad nos deja donde estábamos sin abrírnos ninguna puerta nueva. «Pinte usted un perro exactamente —ironizaba Goethe— y no tendrá un cuadro sino dos perros» (Citado por Sánchez Dragó).

La estricta realidad mata el encanto suprimiendo el misterio. Cuando he desarmado la mecánica del juguete y sé por qué habla la muñeca o anda el artificio, ya no me interesa. Y no quiero que cuando llevo mi coche al garaje me pregunte el mecánico por qué se ha parado, porque, ¿qué voy a contestarle yo que ni siquiera sé por qué anda? Desvelar el por qué es tarea del mecánico. En cuanto a mí prefiero mantener vivo mi asombro cada vez que doy vuelta a una llave y arranca mi coche.

*Arrimar voz a voz: cristal a estría,
escollo a espuma, tártago a veneno,
aurora a trigo, sátiro a sileno...
podrá ser verso y no ser poesía.*

*Añadir a las voces melodía
sentimiento y calor, centella y trueno,
quizá ya es dar con el camino bueno
pero no es ser poeta todavía.*

*Ser poeta es crear, poner el dedo
en la llaga y sanarla, pronunciar la
genésica palabra luminosa*

*como un pequeño dios; matar el miedo,
amar la libertad y proclamarla
a los pasmados vientos de la rosa.*

La lógica poética

La comunicación entre el poeta y el destinatario de su mensaje como cualquier otra, no será posible sin la posesión por ambos del mismo instrumento. Porque se perdió este instrumento común, sucedió lo de Babel.

El poeta verdadero, el poeta profundo, utiliza el instrumento común, el lenguaje, con una pericia excepcional pero también con una lógica propia.

Evidentemente la lógica del poeta no es la lógica del notario, del filósofo, del matemático, del médico o del abogado. En el laboratorio del físico no cabe la metáfora que es madre de la poesía; ni la épica en el tribunal de justicia, ni la lírica en el contrato de compra-venta o hipotecario.

Pero el poeta es el poeta y «al poeta en cuanto tal le corresponde crear mitos, no razones» (Platón en El Fedon 6º B) y en esta tarea no tiene más limitaciones que las que le imponga la belleza. Al poeta no se le pide que lo que dice sea verdad en el sentido lógico y estrictamente filosófico de la palabra, pero sí que sea bello porque la belleza determina «la lógica del poeta».

Al hilo de esta reflexión puede decirse que algunos poetas resultan difíciles de leer para la gran masa del público. Su público será solo una «élite» muy selecta, y especializada capaz de saborear y aceptar aquella poesía que se expresa con una lógica poética muy distante de la que comúnmente se utiliza en la vida ordinaria.

El arte y la belleza

Como el filósofo busca la verdad, el economista la utilidad o el médico la salud, el artista busca la belleza. El arte como actividad es ante todo un proceso vital, específico, por descubrir lo bello. La «pulchritudo» que dijeron los clásicos. Pero ¿qué es la belleza? ¿Qué significa lo bello? Mejor que repetir sabidas definiciones prefiero aportar lo que piensa de la belleza Giulio Carlo Argan, «lo bello es lo que queda de la acción después que ha sido despojada de su objetivo moral; lo que queda de la filosofía cuando se ha renunciado a la construcción de grandes sistemas; lo que resta de la historia cuando pierde su valor de ejemplaridad; lo que queda del arte cuando no se cree en su carácter moral o en su poder de conocimiento. Lo bello es pues un valor negativo, el de la apariencia a la que no corresponde ni sustancia ni contenido. Lo bello es en sentido propio la «vanidad», la «vaciedad», el «desinterés». (G. Carlo Argan. «Botichelli»).

Lo bello es solamente bello, ni siquiera útil, ni moral, ni aleccionador, ni religioso, ni político... simplemente bello.

¿Y el artista? del artista dijeron los griegos que es un ser tocado por el dedo de los dioses. Un artista es siempre un ser excepcional constituido en esa casta de hombres elegidos para crear y transmitir belleza. Percibir la belleza, emocionarse ante la belleza propio es de personas con sensibilidad, pero crear belleza y despertar en los demás sentimientos estéticos es atributo exclusivo del artista.

Los filósofos medievales dijeron que la belleza y la armonía de la creación, son los signos sensibles de la perfección infinita del Creador y recogiendo el pensamiento de Aristóteles afirmaron que toda realidad es bella. Las tesis tomistas identificaron el ser con la unidad, la verdad, la bondad y también la belleza: «Ens, unum verum et bonum convertuntur» Pero hay que reconocer que esa belleza, como los demás atributos del ser, duerme como las notas del arpa.

«Esperando la mano de nieve que sabe arrancarlas» (G.A. Becquer)

Artista es la persona dotada de una facultad especial para percibir el aspecto estético de la realidad. Delante del mismo objeto un hombre pragmático verá la utilidad, un moralista sus connotaciones éticas... pero un artista percibirá solo la armonía o la disarmonía, sus valores o contravalores estéticos.

Más aun, la misma realidad, suele ser distorsionada, deformada o transfigurada por la peculiar manera de asumirla del observador profesional.

Donde un profano no percibe más que ruido, un músico oye música; donde otro solo ve gentes, un sociólogo percibe grupos, donde uno ve solo estrellas otro contempla la grandeza del universo; donde uno ve solo a Manolita, otro ve el dechado de belleza y perfección porque... está enamorado.

El arte es inter-relación

La obra artística implica siempre la emisión de un mensaje que solamente alcanza su plenitud cuando es recibido, estableciéndose una comunicación entre el artista y el sujeto destinatario.

Cualquier obra de arte está por imperativo cuasi-ontológico proyectada al mundo exterior al artista. Difícilmente se concibe que ningún artista cree su obra para el solo y egoísta disfrute personal propio. Por eso cualquier actividad estética será simplemente una invitación, un conato tenso que debe ser acogido para que alcance reposo. Ni un libro es un libro por estar ahí, sino por ser leído, ni una pintura o una música son tales sino en tanto en cuanto hay un ojo que la ve o un oído que la escucha.

Dar y recibir, transmitir y aceptar, son los dos polos sobre los que se construye la obra de arte. Y aunque sea al artista, —lo mismo que al potentado en bienes de fortuna— a quien corresponde primaria y lógicamente el papel activo de dar, hay que afirmar que nadie da solo o solamente recibe. Porque en esa comunicación, en esa simpatía y contagio que se establece entre ambos, el artista recibe también la respuesta del destinatario que si, además, es cordial y entusiasta, se convierte a la vez en gratificación del artista y en estímulo de su vena creadora.

Sensibilidad estética y hombre

La sensibilidad estética no es un sexto sentido pero sí es una cualidad que afina y perfecciona espiritualmente todos los sentidos. A todos ellos puede afectar en mayor o menor medida según sea el género de actividad artística que se cultiva. Y como acontece con relación a los cinco sentidos clásicos, hay personas que nacen con extraordinaria sensibilidad estética y las hay que nacen con una carencia o disminución atrófica de la misma.

Por eso, si la naturaleza, además del bagaje normal de los sentidos, nos ha concedido una regular sensibilidad estética, bien podemos darnos por contentos.

Es claro que el arte proporciona una fuente riquísima de goces, con la ventaja sobre otros, como los de la mesa, o del sexo, de que los estéticos pueden disfrutarse en todas las edades sin que les afecte el físico decaimiento de la naturaleza, ni produzca úlceras gástricas ni cirrosis.

Jamás se subrayará lo suficiente la importancia que tiene la educación de la sensibilidad estética desde los primeros años de la vida hasta la vejez.

Estoy persuadido de que una actividad artística cualquiera aunque modesta y cultivada como simple afición, es capaz de llenar de alegría la vida de aquellas personas que por imperativo de la edad cesaron de ejercer su forzosa actividad profesional.

La sensibilidad artística da la medida y el tono de la personalidad. Si «el lenguaje de un pueblo es la lámpara de su Karma» (Valle-Inclán) los versos del poeta, la pintura del pintor, el arte del artista y hasta el «hobby» del ciudadano corriente, constituyen el fiel espejo de su alma y en ellos se descubren las huellas digitales de su espíritu.

El objeto estético

La sensibilidad estética es tan diversa como son diversas las suertes de belleza. Unos se sienten especialmente sensibilizados ante las expresiones artísticas

plásticas, como la pintura, la escultura, la arquitectura... A otros les afecta particularmente la belleza impalpable, invisible y más espiritual, de la música o la poesía...

Y aunque vivimos en un mundo de dura lucha por la vida, nuestra época ha creado un arte industrial y ha asociado la estética a la utilidad convirtiendo también la belleza en instrumento de competencia.

Por eso cabe extasiarse ante la belleza del último modelo de automóvil o el diseño del último frigorífico.

Pero resulta tonificante constatar que en medio de nuestro mundo tan duramente marcado por la economía, que no puede dar dos pasos sin tropezar con impuestos, valores, rentas, dividendos, inflación, pólizas, o cheques, todavía hay hombres y mujeres capaces de pararse a contemplar el volar dormido del águila es la sierra o a escuchar el canto del pájaro en el soto o que siguen asombrándose ante la aparición de la primera margarita en el prado cada primavera.

Y hay que elogiar sin reservas cualquier esfuerzo de gobiernos, asociaciones privadas o entidades públicas por fomentar el gusto por la belleza y hacer más amable la vida de los ciudadanos en este mundo competitivo y materialista.

Realista le llaman a veces olvidando que también la belleza y la bondad son realidades ontológicas, valga la redundancia.

El materialismo histórico y la proclamación del lucro como valor supremo y determinante de todos los fenómenos sociales, constituyen el más duro enemigo de una visión estética de la existencia. Por contagio materialista ocurre a veces que ni siquiera está bien vista la actividad estética y los mismos artistas, excepto aquellos que se salvan de una existencia vergonzante por su talla excepcional, son acogidos en una sociedad ramplonante económica, con una benévola sonrisa misericorde: Estos extraños personajes! Estos locos soñadores...!

Claro que «estos locos soñadores» tienen también su orgullo y se vengan a su modo de la ramplonería ambiental:

*A fuerza de soñar sobrevivía
en un mundo zopenco y alienante
yo quería escaparme hacia adelante
y por nubes y cielos me perdía.*

*Yo quería volar... la poesía
fue pronto mi pasión recalcitrante,
como un iluso pájaro arrogante
mis alas a los vientos extendía.*

*Por último y pecando de inocente
y dándote mi voto de confianza
mis versos te presté en un mal momento...*

*Y tarde y a mi costa, tristemente,
me evocaste la clásica enseñanza
de la miel y... la boca del jumento.*

He huído deliberadamente de la definición de la belleza renunciando a los tópicos en uso. Y porque la he relacionado ontológicamente con la misma realidad, la considero indefinible es decir «ilimitable».

Por eso mismo la belleza puede encontrarse en cualquier obra humana, así sea la pintura de un cuadro, la escritura de un soneto o la labor más humilde y doméstica de preparar una paella, coser un botón o mondar una naranja. Todo depende de la calidad artística de quien lo haga.

Todavía hoy nos quedan algunos trabajadores manuales; artesanos que trabajan la madera, el hierro, el barro o el cuero y sienten, como los grandes artistas de la paleta, la gubia o la música, el inefable placer de la creación. Son los últimos supervivientes de una estirpe que se extingue ante la fuerza incontenible de una civilización industrial que ha convertido al obrero en una simple pieza más de la máquina, obligándolo a repetir hasta la locura un idéntico movimiento cada jornada laboral.

¿El artista, nace o se hace?

¿Será posible averiguar la influencia de los genes en la aparición de un artista? ¿Podrá alguna vez la ingeniería genética producir artistas, o técnicos o santos? Desde luego parece que lo está intentando. En algunos países funcionan ya bancos de semen para la producción mediante

la fecundación artificial eugenésica de unos específicos tipos humanos. Yo que repruebo como inmorales tales prácticas porque parten de una concepción filosófica, puramente mecanicista de la condición humana, no me pronuncio sobre los resultados estrictamente biogenéticos de las mismas.

«Doctores tiene... etc.» pero sí me temo que de prosperar tales intentos, han de convertir la procreación de los hombres en una granja de experimentación y mejora de la raza humana en sospechosa analogía con la implantación de las mismas técnicas para producir razas cada vez más perfectas de ganado vacuno o de gallinas ponedoras.

Aunque dicen que los hombres más distinguidos aparecen con mayor frecuencia en familias inteligentes que en las otras, también suele ocurrir a veces que sin una razón lógica que lo explique y sin antecedentes genéticos, sin que nada lo haga presumir, surge un artista en una familia desconocida.

Trae sin saber por qué y sin que pueda hablarse de «herencia» una especial capacidad artística. El bagaje que trae, facilitará su carrera aunque no sea por sí solo suficiente. Lo que dio naturaleza ha de ser perfeccionado por el medio y el oficio. Si el ambiente es favorable y las cualidades naturales se potencian con el adiestramiento, seguramente el sujeto descollará en el campo de aquellas artes a las que le proyectó la naturaleza.

Como también acontece que las mejores cualidades innatas se malogran si no encuentran un entorno favorable. ¡Cuántos ríos desembocan sin provecho en el mar sin haber fertilizado unos campos ni haber alimentado una industria que pudo crearse a sus orillas y cuántos ingenios y artistas se pierden en el mar de la esterilidad por falta de un ambiente propicio, por falta de medios o por culpa de la propia pereza.

El ambiente y la escuela son necesarios para el desarrollo de la vocación artística.

Si es verdad que «quod natura non dat, Salamántica non praestat» también lo es que «Salamántica», es decir, la escuela, desarrolla y potencia lo que dio naturaleza.

Y esto es más verdad que nunca hoy porque la escuela puede poner una tecnología casi omnipotente al servicio de la imaginación.

¿Inteligencia? ¿Sentimiento?

He empleado tan frecuentemente en mi discurso las palabras: «sentimiento», «sensibilidad», «emoción artística», etc. que temo haber dado la impresión de que, para mí, el artista es siempre un hombre cargado de emotividad y alejado «toto coelo» de la razón y del cálculo. Si así ha sido, tampoco era esa mi intención. Al menos en términos absolutos. En todo caso lo que si es cierto es que el artista es un hombre capaz de emocionar y que nadie da lo que no tiene. Por eso al hablar de él, es preciso destacar su sensibilidad con colores más cálidos y vivos que su racionalidad. Pero sin prescindir de esta última. Que de ninguna manera quisiera yo despojar al artista de aquella propiedad específica que asignó Aristóteles al hombre, a todo hombre —y el artista lo es— cuando lo definió como «animal rationale».

Pero con toda la veneración para El Estagirita, es preciso consignar un hecho mil veces repetido. Abundan los hombres que se mueven más por sentimientos que por razones. Aunque, por expresar mejor mi pensamiento, yo diría que también el sentimiento tiene su razón y es razón, aunque de otra especie. «También el corazón tiene sus razones que la razón no comprende» (Pascal).

¿No está comprobado que el barrunto, la corazonada, en una palabra, la razón del sentimiento es a veces camino más corto para la captura de la verdad y desde luego para despertar emociones que el camino del raciocinio?

Lo que sucede es que el visceralismo no goza de buena reputación aunque abunden las actuaciones viscerales.

Los más fogosos sentimentales, ocultan pudorosamente su sentimiento alquilando máscaras de racionalidad...

Pero no puede negarse que la mayor parte de los grandes artistas fueron viscerales y emotivos. Leonardo, El Greco, Lope de Vega, Shakespeare, Miguel Angel, Mozart, García Lorca o Picasso, podrían avalarlo con elocuencia. ¿Y cómo no habrían de ser emotivos quienes supieron transmitir tanta emoción a través de sus obras?

El arte es creación y libertad

Ni la araña que teje su tela, ni la abeja que fabrica su panal, ni el ruiseñor que canta en la enramada, ni el oso que anda en moto o el caballo que baila al son de la música, hacen arte ni son artistas. En todo caso podría ser artista el espectador que se emociona y siente contemplando esas obras o esos movimientos o el domador que los amaestra.

Es que el arte por imperativo metafísico es una actividad exclusiva y además inseparable del hombre.

Desde su remota vida cavernaria el hombre hace arte. La ornamentación de los instrumentos que utiliza para cazar o trabajar, la decoración con pinturas de las cavernas y abrigos, las esculturas y los adornos de su menaje y embellecimiento personal, nos muestran al hombre no solo «faber» sino también «artifex» artista, creador de arte. Y todo ello sin contar otras expresiones artísticas que, por más inmateriales, no dejaron fósiles ni huellas. Nadie conocerá nunca el primer poema de amor, ni la primera elegía a los hombres que murieron en la caza o en la guerra, ni la exaltación poética del troglodita ante la canción solemne del mar en los acantilados o su primer asombro ante la noche constelada. Y sin embargo todo eso existió porque el hombre de siempre hizo arte, porque al arte es libertad y la libertad es atributo propio en exclusiva del hombre.

Lo que se produce inexorablemente, lo que se hace de modo cuasi-mecánico como pueden ser las habilidades del animal amaestrado que obedece a los fuertes impulsos de su instinto o a los reflejos condicionados que le impuso el domador, no puede en rigor llamarse arte si no es oblicuamente en el sentido de que pueden ocasionar alguna complacencia estética en el sujeto que los contempla.

Arte es solo la interpretación personal y bella de una realidad externa o de un sentimiento subjetivo de modo que contagie esa palpitación bella a otros seres inteligentes.

El arte es siempre proyección y sello de la persona en libertad, porque como dijo Schiller «el arte nace del juego» y es sabido que el juego es necesariamente azar, improvisación y riesgo, libertad en suma.

Una máquina no producirá nunca una metáfora, ni un robot dará jamás un consejo válido. El arte es creación y la creación es siempre original.

Aun a riesgo de pecar de machacón yo quiero recordar una vez más que si está bien la creación de escuelas y academias que proporcionen al artista los elementos necesarios para su desarrollo y enriquecimiento, no ha de caerse en el exceso de que ellas encarrilen la vena de los artistas por cauces tan estrechos que la esterilicen y la sequen.

No se han de cortar las alas al pájaro, ni se ha de enjaular a las águilas.

El arte no puede tener más lógica ni más cánones, ni otras metas que las que quiera ponerle el genio mismo del artista.

Someter el arte a una ideología o ponerlo al servicio de una política o de cualquier otro interés extra estético, será siempre atacar al arte en su misma esencia que es la libertad y envilecer y prostituir a la reina de las actividades humanas.

Cuando el poder, el lucro o la misma fe rebasan sus términos propios e intentan invadir todos los ámbitos de la actividad humana también el arte es invadido y aplastado.

Hace falta un clima de respeto y libertad para que el arte pueda producir sus mejores frutos. Y hay que proclamar el principio de la autonomía del arte como el de la ciencia, con respecto a la religión, a la política y a la economía que tan fácilmente suelen caer en la tentación de querer someterlo todo a su interés.

*Escribir poesía es desnudarse,
descubrir el arcón de los secretos
expresarlos en términos discretos
pensar en libertad y confiarse.*

*Escribir poesía es vaciarse
de pudores, cautelas y respetos,
es dejar en sus límites escuetos
la pura intimidad para entregarse.*

*Por eso hacer poemas es batirse
con la espada en la mano y atreverse
a tirar como rémora el escudo.*

*Por eso ser poeta es decidirse
a arrojar la careta y ofrecerse
sincero, libre, cándido y... desnudo.*

Los regímenes abolicionistas de la libertad son desoladamente estériles en arte. Los pensadores, los artistas, los poetas... buscaron siempre aires de libertad para expresarse y producir sus obras.

Aun está por escribir la triste historia de los éxodos obligados, de los exilios impuestos, de las persecuciones hasta la cárcel y la muerte, de escritores, poetas, artistas y pensadores en los países y regímenes donde la libertad ha sido abolida.

Grave nota infamante la de la sistemática persecución del pensamiento y del arte para desacreditar, aunque no hubiera otra razón, cualquier suerte de dictadura.

En cuanto a los cánones artísticos tan diferentes por otra parte en las diversas épocas y tan diversos en las diversas culturas, pueden y deben servir como andaderas. Los cánones y la técnica deben servir como subsidio ocasional para enseñar el oficio, el aspecto puramente técnico en la ejecución de las obras pero nada más. Después pueden arrumbarse y de hecho los arrumbó siempre el genio superior de los verdaderos artistas que hicieron de su arte la expresión y el signo de su propia genialidad.

El dogmatismo, al menos en arte, es siempre esterilizador. Mata la originalidad y ciega aquella fuente de la que dijo San Juan de la Cruz.

«Qué bien sé yo la fonte que mana y corre aunque es de noche»

(Cantar del alma que se huelga en conocer a Dios por la fe)

